

SUMARIO

La duración del servicio activo.—La defensa nacional, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.—Notas militares: los ejércitos, por Casto Razón.—Manual de fortificación de campaña para uso de la infantería japonesa.—Los uniformes, por el Capitán Subrio Escápula.—La artillería de plaza japonesa y reglas para el sitio de plazas.—Reforma de la Escuela de Guerra en Austria-Hungría.

Se acompañan los cuadernos 60 y 61 de La Guerra ruso-japonesa.

LA DURACIÓN DEL SERVICIO ACTIVO

El 15 de Abril último el emperador de Alemania promulgó varias leyes militares votadas por el Reichstag; una de las cuales se refiere á la duración del servicio militar. Se adopta definitivamente la cifra de dos años de permanencia en filas para todas las armas, excepto para la caballería y artillería á caballo, en cuyos cuerpos se conserva la duración de tres años. Como compensación, los soldados que sirvan en esas armas permanecerán tres años, en lugar de cinco, en la primera categoría de la landwehr. El emperador se reserva el derecho de conservar en las filas, si lo cree necesario, los individuos que hayan concluido el segundo año de servicio. En la misma ley se establece más categóricamente la duración de los periodos de instrucción de la landwehr.

Limitada también á dos años en el ejército francés, la duración del servicio en filas, no está muy lejos el día en que nuestras leyes militares sufran una modificación en este sentido. Conveniente es que se precise la duración del servicio, evitando las desigualdades y anomalías observadas en los últimos años, pero no basta. Nuestras leyes no pueden tener el mismo alcance y eficacia que las extranjeras, porque se enderezan á fines diferentes.

En Alemania y en Francia se procura que todos los mozos del alistamiento anual, ó los más de ellos, reciban instrucción militar completa; fijado el número de unidades del ejército por las imposiciones de la defensa del territorio, y conocido el de mozos de cada reemplazo, el tiempo de permanencia en filas resulta función de aquellos datos. Pero en España no se tiende á instruir el mayor número posible de hombres, sino á mantener el ejército en una cifra puramente arbitraria y convencional, de modo que apenas se notaría variación en los contingentes instruidos si se redujese el plazo á dos años ó se ampliase á cinco. Los anticipos de licencia, las licencias trimestrales en verano, las de Navidad y otras imprevistas, reducen enormemente el tiempo de servicio y son motivo de confusiones y continuas consultas.

Antes, pues, que de ocuparnos en investigar si el soldado ha de servir dos, tres ó cuatro años, lo que importa es que no se desatienda el objeto de la llamada á filas del soldado, que no es otro que el de recibir una perfecta instrucción militar. No es necesario agregar que en la práctica esa instrucción queda reducida á la de las siete semanas del recluta; fuera de ellas, es indiferente que el soldado sirva un año menos ó un año más; todo su servicio se reducirá á sumar algunas guardias más, y á tener unos pocos días más de ejercicios de tiro.

No son 40 ú 80 mil hombres con las armas en la mano lo que nos hará falta el día de una guerra, sino disponer de muchos reservistas completamente instruidos, abrigando excelente espíritu militar y avezados á las prácticas de la guerra.

En los ejércitos que dedican todo el tiempo disponible á la instrucción, ejercicios y maniobras, la reducción del servicio impone mayor trabajo á los oficiales y clases, obligándoles á desarrollar en dos años lo que antes se hacía en tres. Durante su permanencia en las filas los soldados apenas tienen punto de reposo, pero en compensación regresan antes á sus hogares, y la nación dispone de un mayor contingente de reservistas instruidos.

Dos años, bien aprovechados, bastan para hacer un buen soldado. Si no se utilizan bien, ó el concripto no invierte la mayor parte del tiempo en las prácticas militares, sino que lo pasa entregado á lo que se llama vida de guarnición, ni en dos, ni en tres, ni en cuatro años se obtendrán soldados dignos de este nombre.

Creemos por consiguiente que el problema de la mayor ó menor duración del servicio activo, no tiene ninguna importancia entre nosotros; lo que debemos dilucidar es qué plazo es estrictamente indispensable para la instrucción y educación militar de los reclutas, y, una vez de acuerdo todas las opiniones acerca de este punto, estudiar la manera de que, durante su permanencia en el ejército, la tropa se dedique sin interrupciones ni soluciones de continuidad, de un modo continuo y en cuerpo y alma, é ejercitarse en los difíciles y variados cometidos que habrá de desempeñar en la guerra. Si para lograr este propósito es menester reducir la fuerza del ejército, hágase así en buena hora; vale más tener pocos pero buenos soldados, que una muchedumbre de hombres con solo rudimentos de instrucción y sin las cualidades morales que cada día son más necesarias.

LA DEFENSA NACIONAL

Los grandes problemas de la defensa nacional, en lo que á la fortificación y artillado se refieren, son de interés permanente y están por encima de las mudanzas de los tiempos y de los detalles y reglamentos, siempre modificables y á menudo modificados, de la organización militar. Por

estas razones fuere grave error encomendar su solución al criterio de personalidades aisladas, dotadas de criterios diferentes, y que por razón de su cargo han de tener en cuenta las exigencias locales antes que las generales y de conjunto. Pero mayor, mucho mayor error, sería todavía centralizar la resolución del problema en un centro, organismo, junta, comisión ó como quiera llamarsele, que conociendo como nada los principios y bases generales en que ha de descansar la defensa del país, desconozca las condiciones especiales de localidad. Esto ha dado origen á tremendas equivocaciones, que si no se han traducido en calamitosos males en la práctica ha sido porque nuestros cortos recursos económicos no han permitido ejecutar todo lo proyectado.

En realidad, teóricamente la cuestión no presenta dificultades, y la hemos resuelto de un modo inmejorable. Una junta central—que creemos debería tener mayores atribuciones y estar formada por mayor número de generales, distinguidos por sus conocimientos en la materia—señala en principio las posiciones que deben elegirse y la importancia de las mismas; formula las condiciones generales de la defensa, en lo que atañe á cada localidad; y da el programa que debe desarrollarse. Representaciones ó centros regionales acomodan á la región las instrucciones recibidas; y otras representaciones locales dan forma práctica á la idea, contribuyendo con el conocimiento detallado del terreno á que se modifique, perfeccione ó acepte el pensamiento de la superioridad.

Compuesto el mecanismo de estos tres engranajes, si cada uno de ellos funcionara sin salirse de su órbita, los resultados serían óptimos y nada tendríamos que observar. Pero, de un modo general, el caracter español es refractario á este proceder, porque solemos hacer algo menos de lo debido ó nos excedemos en nuestros deberes, y tanto en un caso como en otro aumentan los rozamientos y el mayor trabajo de una rueda se obtiene á expensas del que verifican las otras. Si predominan las iniciativas locales, el plan de defensa queda perjudicado en su conjunto, resintiéndose las conveniencias defensivas de otros puntos, acaso más atendibles, y destruyéndose la armonía y el equilibrio de todo el sistema; y si se imponen las iniciativas centrales, casi siempre se plantean mal y se desarrollan peor, porque no se adaptan al terreno ni á las exigencias de la localidad.

Conviene advertir, además, que una sola personalidad, por ilustre que sea, no puede humanamente estudiar y resolver por sí misma la cuestión delicadísima de un territorio tan extenso como el nuestro. Se requiere ante todo el conocimiento detalladísimo y á fondo del terreno, no el que se obtiene mirando á vista de pájaro desde una altura, ó recorriendo una carretera ó un camino; sino el que resulta de escudriñar en todos los sentidos la comarca, subiendo á los puertos, bajando á los valles, reconociendo las montañas, interrogando á los naturales, y estudiando y meditando mucho las lecciones de la historia. La vida del hombre no basta para efectuar este trabajo en la mitad siquiera de nuestras fronteras terrestres y marítimas. ¡Cuántas y cuántas veces hemos sido testigos de la modificación del criterio y del cambio de ideas de algunos eminentes y sabios generales, después de entregarse, durante días y más días, á las penosas é ingratas tareas del estudio defensivo de una zona!

Los reconocimientos rápidos, las inspecciones usuales, casi siempre conducen á consecuencias falsas; se adquieren así ideas deficientes, prejuicios difíciles de desarraigar, y á veces se reputa fácil y expedito lo que

confunde y amilana á las inteligencias más despiertas; Hojeando la historia de nuestras últimas guerras se advierte que no pocos sensibles hechos de armas fueron debidos al conocimiento insuficiente del terreno, á pesar de que los jefes de las columnas eran muy prácticos en la comarca en que operaban, pero no hasta el punto de discernir la situación de todos los lugares importantes ó peligrosos.

Concluimos que si inconveniente es abandonar á muchas individualidades, diseminadas en los confines de nuestra patria, el estudio de la defensa nacional, no menos funesto es pretender centralizarlo en pocas manos. Esta última práctica adolece de un defecto que á nadie puede ocultarse: con el tiempo cambian las personas que asumen estas funciones, imperan nuevos criterios, y se dislocan y esterilizan todas las labores y trabajos hechos; á un pensamiento puramente personal, sucede otro pensamiento, también personal, pero nunca se llega á lo que debe ser aspiración y programa colectivos y genuinamente nacionales; y faltando orientación y seguro rumbo á los encargados de desarrollar y acomodar al terreno las indicaciones ajenas, los estudios degeneran en el eterno trabajo de tejer y destejer. No dimanan tan lamentables inconvenientes de la variación de personal en las oficinas y centros locales y regionales, porque el desarrollo de los proyectos exige estudios detenidos y minuciosos imposibles de improvisar, y el jefe ú oficial recién llegado á un destino de esta clase, se ve obligado, quiéralo ó no, á servirse y aprovecharse de los trabajos hechos por sus antecesores, de suerte que raras veces se producen cambios radicales de criterio por este motivo. No es lo mismo sentar bases generales y formular un programa más ó menos lato, que proyectar en concreto descendiendo á los menores detalles.

No perdamos de vista que cuanto se refiera á la seguridad del Reino no es asunto de hoy ó de mañana, ni puede quedar al arbitrio de la iniciativa ó del buen deseo de muchos ó de pocos; ni es privativo, tampoco, del ejército ó de algunas de sus colectividades; sino que sus caracteres son permanentes y afectan á la existencia y porvenir del país entero, correspondiendo al ejército la misión de hallar una solución satisfactoria, la mejor posible, atendiendo, antes que á los requisitos técnicos, á los intereses nacionales que debe salvaguardar.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

NOTAS MILITARES

LOS EJÉRCITOS

Hojeando los periódicos del día, ha tropezado mi vista en uno de ellos, con una carta de José Juan Cadenas; una de las hermosas cartas que de Berlín escribe á *La Correspondencia de España* y que hoy dedicaba al ejército. Siempre he leído sus cartas con satisfacción, pero esta de hoy cautivó mi espíritu: no en balde me honro vistiendo el uniforme militar.

Comencé á leer, y la tristeza embargó mi ánimo porque, hay que convenir en que lo que al principio de ella dice, es muy cierto. «Cuando se ve un soldado embutido en un capote—dice,—ora grande, ora chico, pe-

ro jamás justo, agobiado por el peso de un casco ó de un res hechos por contrata; cuando al pasar por delante de un cuartel llega hasta nuestro olfato el olor del rancho... reconozcámoslo todos... Entonces el soldado nos inspira compasión; no nos hace estremecer de entusiasmo y pensar en lo bien preparado que se halla para la defensa nacional».

Y después, hablando del soldado alemán, dice: «Obsérvase en el soldado alemán (*educado ya para soldado desde que comenzó á asistir á la escuela*) el esmero concienzudo, siempre cumple su deber... Viste irrepresiblemente el uniforme que le ha sido hecho á su medida, va resplandeciente á todas horas, brillan de blancura los correajes... *Son fuertes, son vigorosos*, y sus rostros reflejan la satisfacción del hombre limpio, bien alimentado y poseído de que está cumpliendo un inolvidable deber, una misión sacratísima... Se comprende que los berlineses, cuando ven desfilar por las calles un regimiento le saluden y sus ojos brillen y sus manos se cierran con fuerza, como si desafiaran á un enemigo imaginario y como si en aquel momento pensarán:—¡A ver quien hay que pueda con nosotros!»

He ahí trazada á grandes líneas y por un profano, la silueta del soldado español y la del alemán. Es una silueta esbozada con cuatro rasgos, es una ligera mancha, un apunte; pero hecho con tal maestría, que resulta un cuadro completo.

Pero aun hay más; aun hay algo más importante que el vestir del soldado. De intento he subrayado las palabras de Cadenas al hablar del soldado alemán; «... *Son fuertes, son vigorosos*».—dice—y vuelvo los ojos á nuestros soldados, á estos soldados que vinieron de sus casas sin ser fuertes, sin ser vigorosos; con una fortaleza y un vigor aparentes; que luego han estado durante dos meses aprendiendo el manejo del arma muy al unisono, golpeando con furia la caja de su fusil para marcar bien los tiempos; que durante esos dos meses no ha hecho más que marchar á compás de uno y otro pasodoble pisando fuertemente, secamente, sin que ni por casualidad se sienta en el suelo el resbalar de un pie, y me pregunto como me he preguntado siempre:—¿Es esto hacer soldados?

La menor de las ventajas—dice un notable escritor militar español—á que debe aspirar el vencido es al escarmiento». Y nosotros, ¿hemos escarmentado? De ninguna manera; seguimos apegados á rancieros sistemas educativos con lo que nada se hace por fortalecer al soldado; no le hacemos marchar, como no sea al compás de la música y braceando mucho: pero nada de ejercicios gimnásticos, nada de marchas de guerra ni siquiera de hacerles comprender la misión que tienen que cumplir. Hay que confesarlo, con rubor, pero valientemente, pues se sirve más á la patria con una sola verdad por amarga que sea, que con mil mentiras por sabrosas que éstas parezcan: nuestro pueblo, ignorante en grado sumo y de naturaleza y complexión débil, cumple el tiempo de su servicio

y marcha á su casa tan ignorante y tan débil como cuando vino. Vino sin saber ser ni aun ciudadano y regresa á su casa lo mismo; llegó sin ser soldado y sin ser soldado regresa á su hogar.

Después, como si aun no fuera bastante, el soldado de hoy apenas si sirve en filas año y medio; año y medio que se le va en montar infinitas guardias, en barrer, en lustrar los correaes, en todo, menos en su instrucción verdad; y cuando marcha á su casa, ya no vuelve nunca á las filas. El día que ese soldado tuviera que servir á la patria sobre el campo de batalla, ¿qué haría? Preguntádselo á Burguete; preguntádselo á todos los no apegados á las rancias ideas, y que han visto cómo durante nuestras últimas campañas se llenaban los hospitales.

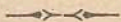
¿Y no hemos de romper nunca con esta rutina que nos mata? Dejemos de tener ya un ejército viejo; tengámoslo nuevo y conforme hoy se necesita que sea; una reunión de hombres duros y educados para la guerra, y no una colección de autómatas que se mueven sin saber por qué ni para qué.

Ocupándose de la guerra entre Rusia y Japón,—y va de citas,—ha dicho un crítico militar extranjero: «... todas las naciones que adoran los amos y se olvidan de que, no solamente son inútiles, sino que constituyen verdadero peligro si no hay detrás de ellas el cerebro, la mano y el ojo educados».

«*La menor de las ventajas á que puede aspirar el vencido es al escarmiento*». Escarmentemos y aportemos cada cual nuestro grano de arena para conseguir que, al igual que en Alemania, al pasar uno de nuestros regimientos por las calles, no inspire compasión sino que el pueblo le salude; que los ojos de los españoles todos brillen y se cierren sus manos con fuerza y que piensen todos para su interior:

—¡A ver quien hay que pueda con nosotros!

CASTO RAZÓN



MANUAL DE FORTIFICACION DE CAMPAÑA

PARA USO DE LA INFANTERIA JAPONESA

En el *Journal of the Royal United Service Institution*, que lo copia á su vez del ruso, encontramos el siguiente *Manual de fortificación de campaña para uso de la infantería japonesa*, que á vueltas de algunas redundancias y trivialidades es un verdadero modelo en su género por la sobriedad de sus explicaciones, lo sencillo y aún lacónico del estilo, y la claridad y espíritu práctico de las materias, todo lo cual contrasta con lo difuso, ampuloso y extenso de otros *Manuales* análogos reglamentarios en algunos ejércitos europeos.

I

Principios generales

1. Todos los soldados han de estar familiarizados con los métodos de construcción de las obras de campaña más sencillas.
2. Los trabajos más importantes han de ejecutarse bajo la dirección de los ingenieros.
3. Durante los periodos de instrucción y de maniobras se enseñará á la tropa la construcción de obras de campaña.
4. Sargentos de ingenieros, y zapadores en su tercer año de servicio, serán agregados á todas las unidades de infantería.
5. El destacamento de ingenieros marcha á la cabeza de la vanguardia para reparar los caminos.
6. En el avance, un destacamento de ingenieros reparará los caminos y puentes, y los destruirá en la retirada.

Objeto de los trabajos de campaña

7. El principal objeto de las trincheras es la protección de la línea de fuego. La construcción ha de ser sencilla, susceptible de rápida terminación, y quedar oculta del lado del enemigo.

Principios relativos á los trabajos de campaña

8. Las condiciones topográficas y la naturaleza del terreno han de tenerse en cuenta, para que las trincheras se ajusten á ellas.
9. Ha de obtenerse un buen campo de tiro, lo cual aconseja situar las obras, si es posible, en el terreno que domine el sector por donde haya de avanzar el enemigo.
10. Detrás de la primera línea de trincheras se construirá una segunda línea para las reservas.
11. El trazado de las trincheras se hará bajo la inspección de oficiales de ingenieros.

Penetración de las balas de fusil en diversos materiales

12. Arena, 0,75 metros; arcilla, 1,75; pino, 1; madera blanda, 1,3; metal, 0,015; ladrillo 0,2; nieve, 2; mampostería, 0,151.

Herramientas

13. Cada compañía de infantería tiene 98 útiles: palas pequeñas, 68; picos pequeños, 17; hachas pequeñas, 8; barras, 5.
La dotación de herramientas de un batallón de infantería, cuádruple de la de una compañía, se transporta en 72 acémilas. El regimiento dispone de triple número de herramientas que el batallón.
14. Los útiles se dividen en los llevados por los hombres y los transportados por los mulos. En la dotación de un batallón deben figurar,

para la construcción de puentes, escuadras, sierras, palancas, hachas, clavos y 48 palas grandes.

Puntos á recordar

15. Los parapetos no deben ser de tierra que se reduzca fácilmente á polvo. La construcción ha de ser sencilla y rápida; se aprovecharán las posiciones naturales, si existen.

16. Antes de empezar el trabajo, se reconocerán las posiciones con la ayuda de planos.

Atrincheramientos

17. Los atrincheramientos deben cumplir las condiciones siguientes: a,—el parapeto estará á prueba de bala; b,—el campo de tiro será extenso; c—las trincheras no deben oponer obstáculos á un avance; d—los métodos de construcción serán sencillos.

18. La longitud de magistral será de 0,65 metros por hombre; pero la longitud total de una trinchera para una compañía se deja á la discreción del capitán.

19. Las trincheras son de tres clases: para tirador echado, arrodillado ó de pie. La altura del parapeto en el primer caso será de 0,35; en el segundo 0,60; y 1,20 en el último. La berma medirá 0,10, y sirve para poner las municiones y como escalón para salir de la trinchera (1). En los puntos elevados ó en la cumbre de una altura, pueden construirse trincheras sin parapeto ó con parapeto insignificante, para que se cubra la línea de fuego.

20. Si la trinchera ha de estar ocupada mucho tiempo, conviene aumentar las dimensiones y perfeccionar el perfil. Para cubrir de fuegos una gran superficie conviene elevar el plano de fuegos y la banqueta para los tiradores.

21. En el trazado se emplearán los útiles y herramientas como unidades de medida.

22. Una pala pequeña mide 0,50 metros, de modo que tres forman 1,5 metros; la pala grande llevada á lomo tiene 1,20 metros; tres de ellas más el útil de un zapapico, componen 4 metros.

23. A la voz ¡al trabajo!, los soldados ocuparán sus puestos á lo largo de la línea trazada, y comenzarán el parapeto, dejando una berma entre éste y la trinchera. Cuando el agua pueda inundar la trinchera, se abrirá en el fondo una regata de desagüe. Esta observación no debe olvidarse nunca.

24. El tiempo necesario para las operaciones preliminares de quitarse el equipo, situarse á lo largo de la línea etc., oscila entre 15 y 20 minutos.

(1) Omitimos las figuras del *Manual* porque no difieren en nada de las que se ven en los manuales usuales y corrientes (Nota de la R.).

25. Si la trinchera tiene varios frentes, se dejarán traveses de 3 á 4 metros de espesor en los ángulos.

26. La rapidez de construcción depende de la naturaleza del terreno.

27. La construcción de una trinchera para tirador echado exige de 15 á 30 minutos; para hacer fuego rodilla en tierra, 30 á 60 minutos; y para disparar de pie, 45 á 90 minutos.

28. Cuando conviene cubrirse rápidamente y el terreno sea demasiado duro, se buscará otra posición cuya tierra sea más blanda.

Abrigos

29. Si el tiempo lo permite, se construirán abrigos en las trincheras para proteger contra los cascos de granada y shrapnels. En general serán de madera, cubiertos si es posible por una ligera capa de tierra.

30. La altura de estos abrigos ha de ser la suficiente para cobijar á un hombre sentado.

Aplicación de las trincheras al terreno

31. La utilización de todos los abrigos naturales facilita la rápida construcción de las trincheras.

32. Las depresiones se aprovecharán para situar en ellas la excavación, total ó parcialmente. Si es imposible excavar en una hondonada ó depresión, se abrirá la trinchera más á retaguardia.

33. Si hay maleza ó matorral, las trincheras se construirán detrás.

34. Si hay cercas de madera, la excavación se abrirá un paso detrás de ellas.

35. En la cerca se abrirá una aspillera para cada tirador ó una aspillera continua.

Si hay un muro cuya altura no permita disparar por encima, se le adosará una banquetta; si el muro es bajo, se excavará detrás de él la trinchera, arrojando la tierra al otro lado, cubriendo el muro. Si el muro es muy alto, se abrirán aspilleras ó se dispondrá una banquetta improvisada para los tiradores.

36. Los matorrales y arbustos ofrecen un medio excelente de disimular las trincheras.

37. Una tala puede ser un buen obstáculo delante de una línea de trincheras, pero ha de procurarse que las ramas no estorben el tiro.

38. Las casas y muros en ruinas pueden aprovecharse como defensas.

Defensas accesorias

39. Las defensas accesorias tienen por objeto impedir que el enemigo llegue á las trincheras.

50 á 100 metros delante de la línea general, se construirán otras trincheras destinadas á ser ocupadas durante la noche por las avanzadas.

40. Para formar una tala se derriban los árboles en un solo sentido, y se fijan las ramas al suelo por medio de piquetes de gancho.

41. Otro método consiste en asegurar las ramas á dos ó tres filas de troncos que las cruzan perpendicularmente, poniéndolas en la dirección del enemigo, inclinadas hacia arriba y ocultas en pequeñas zanjas.

42. Mayor obstáculo es el de las alambradas, que se construyen como sigue: piquetes de 1,5 á 2 metros de largo, por 5 á 10 centímetros de diámetro se hincan al tresbolillo en el terreno, y luego se unen las cabezas entre sí y éstas con la parte á flor de tierra, por medio de alambres.

43. Para disimular las alambradas, se pintarán de negro los piquetes.

44. También conviene emplear el alambre de espino artificial, si se dispone de él.

Atrincheramientos en el ataque

45. En el ataque de una posición ocupada por el enemigo conviene establecer las trincheras en forma de paralelas.

46. La aproximación á la posición enemiga se consigue mediante trincheras de protección hasta llegar al lugar desde donde haya de partirse para el ataque final.

47. Estas trincheras se desarrollan en forma de zig-zag.

48. Durante la noche, las patrullas vigilarán delante de estas trincheras.

49. La reserva se situará á cubierto, detrás pero junto á la línea del frente.

50. Durante la noche los mejores atrincheramientos son aquellos cuyo perfil se aproxima al de las zapas.

51. La trinchera en que se situarán las tropas para emprender el ataque final conviene que tenga en el fondo, de una anchura mínima de un metro, dos órdenes de escalones para otras tantas filas.

52. Si durante el avance ha de cruzarse alguna corriente de agua, debe preverse con anticipación el medio de establecer un paso.

53. Un oficial ó un sargento de ingenieros marchará con cada una de las unidades de infantería.

54. Durante la ejecución de los trabajos de campaña debe evitarse todo ruido innecesario, y todas las órdenes se darán en voz baja.

55. Se evitará encender antorchas ni hogueras durante los trabajos nocturnos.

56. Al terminar los trabajos se devolverán las herramientas á los parques.

II

Puentes

57. La infantería debe estar familiarizada con los métodos de construcción de los modelos más sencillos de puentes, para cruzar arroyos, fosos y obstáculos de poca importancia.

58. La máxima profundidad de un vado para infantería es de 0,80 metros, para un carruaje 1 metro y para un cañón 0,60 metros.

59. Hay varias maneras de construir puentes, que dependen de los materiales disponibles y de los caracteres topográficos.

60. El medio más sencillo es formar una balsa con dos barcas unidas por un tablero de madera.

61. Si la anchura de la corriente no es grande se tenderán dos troncos de una á otra orilla, y encima varios traveseros, sobre los cuales se pondrán tablones á lo largo.

62. Si la corriente es de gran profundidad, puede seguirse el siguiente método para colocar los troncos: se apoyará un tronco sobre otro vertical, en forma de horquilla y descansando en el fondo; y se empujará el primero hasta que su cabeza apoye en la orilla opuesta. Otro método consiste en atar dos troncos por sus cabezas, á modo de empalme, empujándolos sobre otro tronco puesto en el suelo á modo de rodillo. Si la anchura es considerable, habrá necesidad de apoyos intermedios, sean pilotes, caballetes ó entramados. En lugares pantanosos se emplearán los cestones como apoyos, entrando de uno á seis de aquellos en cada uno de estos. En lugares poco profundos los largueros pueden descansar sobre caballetes formados por varios troncos amarrados entre si.

63. Los terrenos pantanosos que un destacamento haya de cruzar, se cubrirán con escombros, ramaje á otros materiales, y se procurará drenar el terreno á los lados para dar salida al agua. Si se dispone de poco tiempo, se tenderán troncos sobre los cuales se colocarán otros ó bien tablas.

Ferrocarriles y telégrafos

64. Para la construcción de una vía férrea sobre un lugar ya explanado, se pondrán troncos á maneras de traviesas ó durmientes, fijando á ellos los carriles.

65. Para la construcción de una línea telegráfica, se utilizarán como postes árboles derribados, después de despojarlos de las ramas y corteza, hincándolos en tierra un sexto de su longitud. También pueden servir los árboles plantados, quitándoles las ramas que pudieran ponerse en contacto con los alambres.

66. A los postes se fijarán los aisladores, tendiendo luego los alambres entre estos.

Campamentos

67. La construcción de campamentos solo tiene lugar cuando las tropas han de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Trincheras para líneas de tiradores protegerán las avenidas, en los puntos más á propósito.

68. Uno de los extremos más importantes es la construcción de abrigos; el modelo preferible es el de las barracas sardas. Los pares inclinados, sobre una trinchera, se cubrirán con haces de paja y ramaje.

69. Para la protección contra la lluvia y el rocío se dispondrán tejadillos inclinados, como en los vivaques.

70. Las garitas para centinelas se harán con postes y ramaje.

71. Para proteger los fusiles de la lluvia y el rocío, se los envolverá en ramaje, colocándolos horizontalmente sobre caballetes construidos con este objeto.

72. Así mismo se construirán retretes, consistentes en trincheras con algunos troncos encima.

Revestimientos

73. Reciben el nombre de faginas haces de ramaje, con ligaduras; se emplean para revestir parapetos y para otros fines.

74. El diámetro de las faginas varía entre 20 y 30 centímetros; su longitud es de 2,5 metros.

También pueden emplearse las faginas para componer las paredes de los abrigos, disponiéndolas entre dos filas de piquetes.

75. Pueden así mismo formarse las paredes de los abrigos con zarzos, cuyas dimensiones son: longitud 2 metros; anchura 0,70 á 1,20 metros; diámetro de los piquetes, 0,025 á 0,03 metros. Los piquetes se clavarán 15 centímetros en tierra.

76. Se llama cestón un cilindro de ramaje, sin tapa ni fondo, y se usa, como las faginas, para revestir parapetos.

Apéndice

Equipo:

1. Cada soldado de infantería debe llevar su propio equipo.
2. El equipo se lleva sobre la cintura y la espalda. Consiste en un capote, un par de borceguies, raciones para dos días, útiles de zapador en una funda de cuero, toalla, ropa blanca, y una sección de tienda de campaña.
3. En las figuras se indica la disposición de la mochila sin los útiles de zapador, pero con un bolsillo para los piquetes y cuerdas de la tienda, y otros materiales.
4. También se ve en las figuras el equipo con los útiles de zapador pendientes del cinturón.

*
* *
*

Acompaña las explicaciones un album con 62 figuras acotadas minuciosamente, que evitan más largas descripciones y dan idea clara y exacta del contenido del Manual. En resumen, los japoneses han demostrado un criterio excelente y muy acertado, no procurando la formación de hombres científicos y teóricos, sino de hombres prácticos.

LOS UNIFORMES

No somos partidarios de que se extiendan en el ejército las costumbres muelles y de refinada comodidad, de que tan ávida se muestra la sociedad actual; pero tampoco creemos que el militar debe llevar la existencia de un mártir, ni someterse á privaciones y molestias inútiles, que le restan energías, quebrantan su vigor físico y le incapacitan para la guerra.

¿Y puede haber mayor martirio que el vestir, en esta época de sofocantes calores, en que el sol abrasa, arde la tierra y la atmósfera es caliginosa, el ahogado uniforme de tupido paño, el mismo que se lleva durante el invierno, cuando sopla el cierzo y la nieve cubre los campos?

A pesar de que en otros países los rigores estivales no son tan acentuados como en el nuestro, los ejércitos de las demás naciones poseen uniformes propios para el verano, tan necesarios, si no más, que los abrigos reglamentarios en el invierno.

Las leyes de la naturaleza y de la economía fisiológica, son independientes de la profesión del individuo, y en ningún caso pueden ser modificadas por las órdenes del poder ejecutivo. Vestirán los militares el mismo uniforme en verano que en invierno si así se les manda, pero no será sin protesta muda del organismo, sin que se resienta el funcionamiento normal del cuerpo, y sin que padezca el servicio. Porque el suplicio de abrigarse cuando todo el mundo se aligera de ropa, despierta el horror al uniforme, convierte en molestos los actos de la vida militar, y el oficial—peor tratado á este respecto que el soldado—aprisiona su cuerpo bajo las prendas de paño solo cuando se ve forzado por el cumplimiento de sus deberes, y se aleja del cuartel apenas queda libre de servicio, para correr á desprenderse del mortificante uniforme. No revela esto desamor á la profesión, ni poco espíritu militar, ni desapego al uniforme; es sencillamente la voz de la naturaleza, que se impone en esto como en todo lo demás.

¿Qué inconvenientes se presentan para que el militar viva en armonía con el medio, y no sea eternamente un ser anacrónico, empeñado en ir contra la corriente general impuesta por las leyes que rigen el universo? No se nos alcanzan más que dos: la vistosidad de que siempre hemos de hacer gala, y la tradicional pobreza de los que profesan la estrecha carrera de las armas.

El primer punto, si no fuera de muy fácil solución, sería atendible y justificaría las prácticas actuales. El ejército no se ha hecho para lucir, ni brillar, ni ostentar colorines y bordados, sino para la guerra, donde estorba todo adorno redundante y llamativo; pero así mismo, dado el espíritu de las sociedades europeas, el ejército, que en todos los momentos personifica la fuerza y la esencia de la patria, no debe ir pobremente vestido ni humildemente ataviado, sino que ha de demostrar tanto en su es-

piritu como en su porte la mayor distinción, reveladora de que es un organismo digno de figurar á la cabeza de todos los demás. Lejos, por consiguiente, de nuestro ánimo abogar por una simplificación y mayor modestia de los uniformes. Muy acertado sería variar los colores de ciertas prendas, hacer más práctico el correaje, suprimir ciertos adornos; pero, en su conjunto, el uniforme debe ser más rico, más elegante, que el hoy reglamentario; y, al mismo tiempo, lejos de tender á la deprimente monotonía del uniforme único, debe buscarse la mayor variedad, aun dentro de cada arma, para que el espíritu de regimiento y el amoral cuerpo, se exterioricen y concreten aun más. Con eso no haríamos otra cosa sino imitar el ejemplo que nos ofrecen los mejores ejércitos de Europa, excepto el de Francia, tan celosa y amiga de evitar todo pretexto de distinción en el ejército, por temor de que éste recabe el puesto á que tiene derecho.

Dentro de este criterio, nada se opone á que los uniformes de verano sean tan elegantes y vistosos como los de invierno. Si algún ensayo hecho en este sentido no fué afortunado, sigase otro rumbo, que el problema no tiene nada de difícil. Evitaríamos así lo que siempre ha sucedido: la modificación caprichosa en el modo de vestir en campaña, el deterioro rápido de ciertas prendas, la falta de uniformidad, y el empleo de géneros poco reglamentarios.

La economía, más que un motivo es un pretexto para no admitir uniformes especiales de verano. En la época de los calores, los trajes de paño se deterioran infinitamente más que durante el invierno; la mayoría de los oficiales recurren á paños ligeros, impropios para la mala estación, con lo cual, sin remediar el defecto que lamentamos, efectúan los mismos gastos que si hubieran de tener dos uniformes. Y, sobre todo, la economía es de importancia muy relativa, porque al ingresar en una Academia militar todos saben que la profesión no brinda holguras, ni el Estado asegura un porvenir desahogado, de modo que hasta cierto punto conviene poner trabas á la admisión en la carrera militar, á fin de conseguir que la oficialidad, sino por sus emolumentos, por sus propios medios, sea una corporación que en ningún caso inspire lástima ni conmiseración.

La poca elasticidad del uniforme exige, además, que el oficial vista de paisano, no solamente en horas determinadas del día, pero siempre que está libre de servicio, de suerte que el gasto total es mucho mayor que el que supone la obligación de tener dos uniformes en buen estado, porque hay que vestir bien de militar y de paisano, y no bien de militar y medianamente de paisano, si los uniformes fueran prácticos.

Si esto acontece en la vida ordinaria de guarnición ¿qué diremos de los oficiales nombrados para comisiones que han de realizarse en el campo ó requieren largos viajes y mucha movilidad, comisiones que tanto abundan en estío? ¿Es posible que tales oficiales realicen sus labores, recorran breñas y montañas, se alojen en figones y posadas, visiten aldeas y lugares, vistiendo el traje reglamentario y ciñendo el sable? La tolerancia se impone y las prendas de paisano substituyen á las otras; pero aún así, el oficial ha de trasladarse de un punto á otro, ora en mulo, ya en tartana ó desvencijada diligencia, llevando consigo la impedimenta del ros, del sable, á veces de las espuelas, del bastón..... todo lo cual contribuye muy poco á elevar el prestigio de la colectividad á los ojos de los campesinos y labriegos.

Pero si nuestros uniformes no se prestan ni compadecen con las la-

boces ordinarias y extraordinarias del oficial, tampoco satisfacen otras condiciones de que no se puede prescindir. Nuestro traje de gala es pobre y miserable, salvo el de algunos, poquísimos regimientos. En los actos solemnes en que se congregan militares de diversos países, en particular los del Norte, nuestros oficiales quedan obscurecidos y en lugar muy secundario, lo cual contribuye muy poco á que en el extranjero se forme buen concepto de nuestro ejército. Las apariencias son vanas, pero solo hasta cierto punto. En el ejército hay que cuidar de las apariencias tanto como del fondo.

¿Tan difícil es tener en cuenta todos los cometidos del ejército y los climas de la península é islas, para que los uniformes se ajusten á las exigencias de unos y otros? El oficial debe llevar siempre á gusto y con orgullo el uniforme, pero es menester que este se preste. Imponer un uniforme determinado, sabiendo que en muchos actos, incluso del servicio, ha de resultar molesto al oficial, y aún de imposible empleo, no contribuye ciertamente á fomentar el espíritu militar. En menor escala, lo mismo decimos de la tropa, la cual goza, sin embargo, de mayores ventajas, en este concepto, que sus jefes.

El Capitán SUBRIO ESCÁPULA.



LA ARTILLERIA DE PLAZA JAPONESA

Y REGLAS PARA EL SITIO DE PLAZAS

Su fuerza se calcula en 23 batallones, cada uno de estos de 3 compañías.

Su material, empleado en gran parte en el sitio de Port-Arthur, consta de cañones de 9, 12, 18, 21, 24 y 27 centímetros, con longitudes de piezas que varían entre los 26 y 50 calibres; hay además morteros de 9, 12, 24 y 28 centímetros.

El tren de sitio disponía en 1.º de Enero de 1904 de 18 obuses de 15 centímetros, 32 de 12 centímetros y 2 de 10,5 centímetros, con longitudes de 10 á 11 calibres.

Durante el año 1904 se compraron en la fábrica de Krupp 20 obuses de 12 centímetros y 24 de 15 centímetros.

El reglamento de campaña japonés dispone lo siguiente con respecto al cerco de una plaza:

El objeto del cerco es aislar la plaza del exterior de una manera completa y permanente, obligándola así á rendirse ya por la falta de víveres, como también á consecuencia de un bombardeo. A un cerco de larga duración debe preceder un asalto. Es necesaria la caballería para la exploración y al efecto se aproximará á la plaza todo lo que permita el fuego enemigo. La zona del cerco se divide en sectores; cada sector estará ocupado por una porción de tropas determinada. El servicio de seguridad se encomendará á destacamentos de infantería, que se compondrán de un tercio de la fuerza señalada á cada sector.

Para las compañías de avanzadas ó de reserva se construirán trincheras con abrigos á cubierto del fuego de artillería; los centinelas se ocultarán detrás de espaldones.

A fin de proteger las tropas propias y resistir las salidas del enemigo, fortificará el ofensor, algunas posiciones y poblados. Poco á poco irá

estrechándose alrededor de la plaza enemiga la línea continua constituida por las posiciones del cerco. Es de la mayor importancia la ejecución rigurosa de las servicios de exploración y seguridad, con el objeto de que la plaza quede completamente aislada. Gran cuidado ha de ponerse en aquellos sectores en que desemboquen vías de abastecimiento.

Inmediatamente después de establecido el cerco, se situará la artillería de sitio sobre alturas. Tan pronto como se haya averiguado que el enemigo ha consumido sus provisiones y esté el ataque bastante preparado, se procederá al asalto. Al comenzar la noche se doblarán las avanzadas y reconocerán las patrullas el campo exterior. Durante el asalto marchará la infantería en cabeza de las tropas; si el enemigo hace una salida, cargará la caballería bajo la protección de la artillería é infantería.

En tiempo de paz se efectúan maniobras de sitio especiales. Se dispara contra blancos visibles y ocultos á distancias variables y también se hacen practicas con proyectores y ensayos con palomas mensajeras. Las baterías de costa se ejercitan en rechazar un ataque de torpederos y en el tiro contra blancos fijos y móviles, utilizando también los proyectores.

(Del Militar Wochenblatt)

REFORMA DE LA ESCUELA DE GUERRA EN AUSTRIA-HUNGRÍA

El 9 de Junio último el emperador de Austria-Hungría ha firmado un decreto reorganizando la Escuela de Guerra. El objeto de este centro se define en los siguientes términos: dar á los oficiales acostumbrados al servicio en las filas y de carácter firme, los conocimientos militares indispensables para el mando de tropas y el funcionamiento de los órganos de mando. La Escuela de Guerra tiende á formar oficiales de Estado Mayor.

Los cursos durarán dos años, y se exigirá para el ingreso no haber llegado á la edad de treinta años y contar un plazo mínimo de cuatro años de servicio en un cuerpo de tropas, de los cuales por lo menos tres años de servicio en una compañía, escuadrón ó batería; estar bien conceptuado y ser de vigorosa constitución; ser soltero; gozar de una renta determinada, además del sueldo; y conocer una de las lenguas nacionales, por lo menos, aparte del alemán.

Se ha suprimido la Escuela Superior de Ingenieros, la cual se ha refundido con la Escuela de Guerra. Los oficiales de artillería y de ingenieros recibirán, como los demás, una instrucción superior general, pero se ha señalado un programa particular para desarrollar los conocimientos técnicos.

Los oficiales destinados al Estado Mayor de ingenieros, además de los dos años de estudios, asistirán durante otro año á un curso especial. De manera que los oficiales técnicos que pasen por la Escuela de Guerra se dividirán en dos grupos: Estado Mayor y Estado Mayor de ingenieros.

Los cursos de táctica, servicio de Estado Mayor, historia militar y estrategia, son comunes á todos; en lo demás hay programas especiales para cada arma.

En Austria han comprendido que la universalidad de conocimientos es imposible.

Los alumnos de cada curso se distribuyen en cuatro clases designadas por las letras *a*, *b*, *c* y *d*, según las materias enseñadas. El número máximo de alumnos en cada clase es de 150, comprendiendo los de la landwehr y los del ejército activo.